

LA LOCURA DE MAUPASSANT

Dr. Zacharie LACASSAGNE

**Toulouse
1907**

© Dr. Zacharie Lacassagne. Toulouse. Editeur Gimet-Pisseau. 1907

© Por la traducción: José M. Ramos González. Pontevedra 2008.

Traducción en exclusividad para <http://www.iesxunqueira1.com/maupassant>

INTRODUCCIÓN

Los escritores son de algún modo «almas públicas».

Sus escritos, pese a sí mismos y a pesar de las teorías de impersonalidad tan queridas por Flaubert, son la traducción más o menos consciente de su yo.

La obra de Guy de Maupassant, bajo los más diversos títulos, traduce con bastante fidelidad el estado de ánimo del más ilustre de nuestros narradores.

Este estado de ánimo y esta obra han sido aspectos particularmente estudiados en nuestra época. Críticos y médicos han exhumado mucha documentación sobre el escritor.

Sus taras hereditarias y su “observación” durante su estancia en una residencia de alienados han sido de dominio público.

Consideramos estar realizando una obra útil, aunque muy modesta, sacando a la luz documentos aparecidos sobre Guy de Maupassant hasta 1907 y tratando de ver, desde que momento y de que modo, este autor ha sido objeto de estudio por la psiquiatría.

A Maupassant se le ha considerado sucesivamente como un degenerado desde su nacimiento o como el paradigma de «la perfecta salud intelectual».

Para los primeros siempre estuvo loco.

Para los otros su locura comienza hacia la época en la que escribió “El Horla”.

Max Nordau en sus estudios críticos de nuestros escritores «vistos desde el interior» manifiesta reconocer la locura de Maupassant desde sus primeros escritos.

Edouard Maynial que acaba de publicar en la «Société du Mercure de France» una obra muy documentada sobre «La vida y la obra de Guy de Maupassant» remonta los orígenes y primeros síntomas de la enfermedad hacia 1878. – Zola, Lemaitre y Roujon lo consideran «absolutamente normal», con un cerebro “sólido y límpido” hasta la aparición del relato titulado “El Horla”.

Nosotros expondremos sucesivamente dos teorías.

Luego, tratando de aplicar al estudio de esta locura los principios generales de toda patología en las que no puede haber trastornos sin lesiones, nos preguntaremos, a pesar de la ausencia de pruebas anatómicas, cuales podían ser las lesiones cerebrales de Guy de Maupassant.

Debemos clasificarlas en las que nuestro maestro el profesor Rémond ha llamado las leucoencefalitis, y pensamos encontrar en la observación clínica y literaria de Maupassant la demostración (clínica) de nuestra opinión.

CAPÍTULO PRIMERO

Maupassant siempre estuvo loco

«Maupassant había nacido enfermo. La notoria alineación mental con la que acabó sus días, no fue más que el capítulo final de una sombría novela patológica, cuyo inicio se remonta a su herencia genética.» (Max Nordau).

El doctor Nordau, además de ser muy poco amable con nuestros escritores y muy inclinado a considerarlos unos degenerados, considera toda la obra de Maupassant como la de un loco.

Su crítica, aunque un poco acerba, no carece sin embargo de cierta precisión.

Veamos, según él, los signos de la degeneración mental de Maupassant.

De entrada he aquí una página muy vehemente que resume la impresión general que ha dejado en el psiquiatra el estudio de la obra y vida de Guy de Maupassant:

«En el parque Monceau se erige un monumento dedicado a Guy de Maupassant. Su autor, Charles Verlet, es un hábil técnico. Pero se equivoca realizando sus obras en plena resaca de la vida pública del homenajeado. Hay escultores que tienen el sentido de lo monumental y otros que están totalmente desprovistos de él, sin que estén por ello mal dotados. Algunos bronce florentinos y venecianos, de la época dorada, de un palmo de longitud, parecen la obra paradigmática de una capital dominando su plaza principal, y cuyo tamaño no disminuye el carácter magníficamente dominador de su aspecto. Por el contrario hay obras monumentales que parecen querer magnificar algo en principio pequeño y como tal considerado. Estas últimas producen un singular efecto y suele aparecer en ellas un elemento cómico. La creación del Sr. Verlet es de este género. Representa un sofá semicircular en el que una joven dama está soñando en lánguida actitud entre un pintoresco desorden de cojines. Cada rasgo en ella es de una elegancia parisina auténticamente lograda. Los cabellos ondulados peinados al último estilo de Lenthérie. Los pies, que sobresalen del vestido, están cubiertos con medias de seda bordadas a la moda y calzando unas chinelas que dejan el talón a la vista. El vestido – un traje de interior – del que una rica profusión de encajes lo hace sencillamente elegante, está desplegado hacia abajo en toda su amplitud y revela una falda con bordados finamente arrugada. El Sr. Verlet se ha esmerado en esos «detalles», pues son éstos los que proporcionan de algún modo *la clave del SENTIDO SIMBÓLICO que el autor consideraba debía dar a su figura de mujer y a todo el monumento*. La bella parisina, de prendas expresivas y calzado exquisito, mantiene en su mano izquierda de un modo indolente, un libro, una novela. Esos son los personajes de Guy de Maupassant que toman cuerpo en su mirada perdida a lo lejos. Y detrás de ese sofá se levanta un alto zócalo que corona un busto de Maupassant. Éste es de un parecido que yo califico de *espantoso*. Presenta la frente baja, el arco de las cejas casi tan saliente como el cráneo de un Cromagnon, la nariz corta y chata, el bigote espeso, la boca vulgar, *brutalmente sensual*; todos los elementos de la fisonomía de un suboficial, partiendo el domingo a la búsqueda de fáciles conquistas, que me desvirtúa la sola y única vez que vi a Maupassant. Esa cabeza que no quiero caracterizar más, parece mirar fijamente a la mujer debajo de él; no a la novela salida de su imaginación, ni a la mano que la mantiene, sino más allá, a la elocuente punta de los pies y sobre todo a las prendas inferiores llenas de promesas. La obra del Sr. Verlet es una página del *Decameron*. En ella se nos cuenta la historia de una falda y su acción hipnotizadora

sobre un erotómano. Como tema de un grupo de porcelana de Saxe, esta idea no estaría mal concebida para un saloncito. Pero en mármol, más grande que el natural, como monumento en un parque público, no, ciertamente no merece elogios.»

Hemos querido reproducir esta página al completo, a pesar de algunas consideraciones puramente artísticas, para exponerla en todo su sabor y todo su sentido. Así pues, tal es el esbozo de Maupassant, no quizás tal como es, sino como lo ve Max Nordau.

Un erotómano hipnotizado por la falda y las medias de las mujeres.

Si escribiese el historial de Maupassant, como en una clínica, pondría:

Frente: Baja.

Arco frontal: «Casi tan saliente como el cráneo de un Cromagnon.»

Nariz: chata y corta.

Boca: Brutalmente sensual.

Sin embargo aunque se exigiese de Max Nordau un poco más de precisión y se deseara por ejemplo saber exactamente lo que él entiende por «la fisonomía de un suboficial partiendo el domingo a la búsqueda de fáciles conquistas», aunque quisiéramos conocer mejor la característica de una boca «brutalmente sensual», no hay duda de que el retrato así descrito nos produce la impresión de un degenerado.

Este degenerado es un erotómano y Nordau se esfuerza en demostrarnos que antes de verse afectado del delirio sistemático crónico que se denomina «la locura de Maupassant», éste tenía un delirio erótico, que pocos críticos han sabido descubrir.

Max Nordau es palmario:

La degeneración mental de Maupassant se traduce, desde su debut literario, por la locura erótica.

Sin entrar en las exageraciones del escritor alemán, hay que reconocer que hay una gran parte de verdad en lo que dice.

Una joven dama regordeta, ociosa, elegante, sabia en lo que muestra y en lo que oculta, lectora apasionada de novelas, tocada por su libro en el punto exacto de donde debe partir la curación de todos sus problemas y de todos sus males – utilizando la expresión de Goethe – ahí está el contenido, la humanidad y la imagen del mundo que un artista ingenuo, y por eso mismo tal vez particularmente seguro, podía deducir de los veinticinco volúmenes del escritor.

En efecto, el amor sensual, el amor de salón como el de los almiarés de los campos, el amor de Chamfort¹ «el contacto de dos epidermis» es dueño y señor en la obra de Maupassant. Se diría que el autor está obsesionado con ello.

¿Que es *Bola de sebo* sino una notable historia novelada de un coito?

La Casa Tellier nos introduce en esas «casas de ilusión» que el autor describe como un hombre que conoce de maravilla los entresijos de las habitaciones de de las «almas» del lugar.

Bel Ami muestra la importancia de un buen bigote ante unas mujeres histéricas.

¹ Sébastien-Roch Nicolas, (Chamfort) (1741-1794). Moralista francés, lúcido y escéptico, firmó sus escritos con el pseudónimo de Nicolas de Chamfort. Antes de la Revolución Francesa fue uno de los escritores más apreciados en los salones parisinos, brillante y espiritual, escribió varias piezas de teatro. (N. del T.)

¿Qué son *las hermanas Rondoli*? El escritor no desvela su estado mental en este relato. La necesidad de desplazamientos irracionales, impulsivos, ¿no es acaso la necesidad de un degenerado?... y en esos desplazamientos una perpetua inquietud, la inquietud de la mujer.

Pueden verse en todo momento en la obra de Maupassant pulsiones eróticas. El propio autor se da cuenta de la característica mórbida de esas pulsiones, y del mismo modo que un melancólico busca la explicación de su depresión nerviosa – y la encuentra – Maupassant busca la explicación a esos impulsos y la encuentra. Parece que tenga consciencia, desde el principio, de la patología de su cerebro... Le gusta recordar que el cerebro del mono se parece al nuestro. Se justifica de ese modo.

En *La Señal*: «Y me dieron tentaciones de hacer la seña; pero unas *tentaciones irresistibles*, como antojos de mujer embarazada...; tentaciones violentas, contra las cuales no sabemos defendernos.

La cosa era extraña, estúpida; pero creo que tenemos almas de mono. Me han dicho—y lo ha dicho un médico—que el cerebro del mono se parece al nuestro.»

Sería fácil repetir citas análogas de Maupassant.

En sus cuentos se ven a jóvenes mujeres de clase media entregarse, al igual que sus madres, en una excursión con su novio, a un caballero desconocido, remero musculoso, si tienen la certitud de no volver a verlo más².

Nordau busca también en la obra de Maupassant todo lo que pueda revelar lo que él llama el «delirio erótico».

Lamentablemente su búsqueda nos parece ser demasiado minuciosa, no en el sentido clínico, lo que sería perfecto, sino tal vez, minuciosa en el sentido de *parcial*.

No quisiéramos reprochar al doctor Nordau el hecho de ser alemán y ver por ello a nuestros escritores desde el exterior, sobre todo desde un «exterior prusiano»... pero...

Él especula (la palabra nos parece justa) su diagnóstico sobre la fijación de Maupassant sobre el mismo objeto:

«La intensidad de la visión, fijada sobre un único objeto, es un síntoma clínico que revela muy fielmente al especialista el estado de ánimo de ese escritor».

Sin embargo, nos parece que Maupassant ha sabido ver otra cosa que el amor sensual. No haremos más que citar la delicada historia de «Miss Helyett»³, «La Horquilla», su rutilante viaje «Al sol»... etc. Recordaremos su intensiva visión de la perversión de los aldeanos en «Un cordelillo», sus descripciones tan notables del alma burguesa en «La Herencia».

Negamos que todos los escritos de Maupassant describan estados mórbidos, que «si no manifiestan el delirio de la persecución, manifiestan una *violenta excitación de índole sexual*».

A continuación reproducimos una cita de Nordau que bastará para convencernos de la exageración teutona de este psiquiatra:

«Lo que Guy de Maupassant ha provocado constantemente en mí, desde su primer relato «Bola de sebo», jamás ha sido una crítica sino un diagnóstico.

² Alusión al cuento *Un día de campo* (N. del T.)

³ Se refiere al cuento *Miss Harriet*. En 1890, Audran y Boucheron anunciaron bajo el título *Miss Harriet* una opereta que, tras la protesta de Maupassant, se convirtió en *Miss Helyett*, de ahí la confusión del autor. (N. del T.)

No puedo, desde mi punto de vista médico, tachar a Maupassant de inmoral. El que no es responsable, o al menos no lo es de una manera limitada, no debe ser censurado. La imagen del mundo no podía reflejarse, en el dañado cerebro del desdichado, de un modo distinto al que se lo permitía la propia condición del órgano. Las obras de Maupassant no deben llamar la atención ni del moralista ni del filósofo.» (Max Nordau).

¡El cerebro dañado del desdichado!

¡Pobre Maupassant!

Pero Max Nordau no comete más que un error: siendo un maestro del judaísmo y sionista consumado, termina su alegato contra Maupassant mediante una acción de gracias al pueblo judío que tiene todas las cualidades que rechaza en el escritor.

Nosotros nos levantamos contra las ideas exageradas del Sr. Nordau. Al querer encontrar la locura por todas partes, se arriesga a comprometer la ciencia de las enfermedades mentales. Desde su punto de vista, todo el mundo está loco... y nadie puede presumir de no haber realizado ningún acto irracional.

Pero que triste sería un mundo compuesto de personas estrictamente razonables en el sentido de Nordau.

Además, para ser lógico, el Sr. Nordau no ha dejado de considerar a la humanidad en general y a *Francia en particular*, como locas.

Esto es lo que expone en las «Mentiras convencionales de nuestra civilización», publicado en Leipzig, en 1883 y en «Degeneración».

Creemos que exponer las ideas de Nordau, en este tema, es aún la mejor manera de defender a Maupassant contra su crítico, pues si Maupassant está loco como todo el mundo, ¿cuál será el loco de los dos?

Nordau postula que la degeneración actual del mundo está motivada por la discrepancia entre el género de vida que nos empeñamos en llevar y la concepción científica del mundo que se impone actualmente al hombre instruido. Él estudia, a la luz de la experiencia clínica, las tendencias artísticas y literarias más contemporáneas. Todas esas tendencias, según él, son la expresión de los trastornos cerebrales.

Es de la escuela lombrosiana⁴ exagerada.

Pretende que asistamos a un «crepúsculo de los pueblos» análogo a la agonía del mundo antiguo, pero más inquietante.

Así es como establece su tesis.

El romanticismo alemán (evidentemente) ha engendrado el romanticismo francés, que en Inglaterra ha engendrado el prerrafaelismo y el simbolismo en Francia.

De Rusia hemos tenido el culto a Tolstoi, de Alemania a Wagner.

Todas esas tendencias, según Nordau, tienen un *carácter patológico*. Presentan los síntomas, los «estigmas intelectuales» de la degeneración, a saber: la locura moral o ausencia del sentimiento moral, la emotividad, la abulia o impotencia de querer, el amor a la fantasía vacía y finalmente, y sobre todo, el misticismo.

Todos los inventores de estas tendencias son o bien «degenerados superiores» (Magnan)⁵, o bien «mattoides»⁶ (Lombroso) o «grafómanos»⁷.

⁴ Referencia a Cesar Lombroso, famoso antropólogo criminal que pretendía reconocer a los delincuentes mediante sus rasgos físicos. (N. del T.)

⁵ Valentin Magnan, célebre psiquiatra francés (1835-1916) (N. del T.)

Pero el éxito de estas tendencias supone su comunión con el espíritu del público.
«A la degeneración de los escritores, responde la histeria de los lectores.»

Podríamos preguntarnos por qué, dice Doumic, esos fenómenos han aparecido en nuestra época más que en cualquier otra.

La respuesta es muy simple.

Son el resultado de las nuevas condiciones de vida de la humanidad en este siglo. Como consecuencia de los descubrimientos científicos, a raíz de la aplicación de esos descubrimientos a la industria, la revolución económica se ha producido de un modo tan generalizado y tan bruscamente, que de golpe todas las costumbres han sido quebrantadas.

«Se ha producido una gran afluencia desde el campo hacia las ciudades. Nos hemos sumido en un trabajo sin medida, a un excesivo derroche de fuerzas. La humanidad no ha tenido tiempo de adaptarse a estas condiciones para las que no estaba preparada. De ahí una inmensa fatiga y un repentino agotamiento. »

Según las tesis de Max Nordau, es sobre todo en Francia en donde el mal ha hecho estragos. Es entre nosotros, preferentemente, donde el autor alemán lo hace germinar. Es en nuestra sociedad y en nuestras costumbres, al igual que en nuestros libros y en nuestros cuadros, donde toma prestado el mejor de los ejemplos. Hasta incrimina el modo que tenemos de amueblar nuestros apartamentos; incluso se le aparecen como otros tantos signos reveladores, el peinado de nuestras mujeres y la forma de nuestra barba.»

Todos los franceses son «fin de siglo», en la acepción literal del término. La raza francesa está agotada. Y tanto o más agotada está cuanto más culta es.

¡Qué paradoja!

Nordau también estudia al francés, sobre todo a París; Y es ahí donde el mal ha cegado con su resplandor «a la humanidad civilizada que en su totalidad parece convertida a la estética del crepúsculo de los pueblos.»

Así pues, ¡tan sólo las razas no civilizadas no son degeneradas!

Todas las naciones son convocadas a esos grandes congresos de la histeria – escribe Doumic⁸.

Inglaterra y Alemania están allí citadas, como Bélgica y Rusia.

Y por allí pasan, llegados de orígenes diferentes, hombres de genio, de talento, aquellos que tienen apellidos gloriosos y aquellos cuya gloria es ridícula. Desfilan en procesiones de maníacos y de agitados: «Swinburne⁹ es un degenerado superior, en el sentido de Magnan, mientras que Rossetti¹⁰ debe clasificarse entre los imbéciles de Sollier¹¹...»

⁶ La palabra *mattoide* proviene de “matto” que significa loco, y quizás quiera decir textualmente *Locoide* que vendría siendo el sujeto que no está loco, pero casi. Este término aparece en la famosa clasificación sobre los delincuentes de Cesar Lombroso. (N. del T.)

⁷ Se entiende por grafomanía la inclinación patológica a escribir libros, artículos, etc. (N. del T.)

⁸ Max Doumic (Julien-Maxime-Stéphane, llamado Max) (1863-1914) arquitecto y escritor católico francés conocido por sus opiniones antimasonicas. (N. del T.)

⁹ Algernon Charles Swinburne (1837-1909) fue un poeta inglés de la época victoriana. Su poesía fue bastante controvertida en su época, debido a los temas recurrentes de sadomasoquismo, suicidio, lesbianismo y sentimientos irreligiosos. Maupassant llegó a conocerlo siendo joven, siendo el protagonista de su relato *El inglés de Étretat*. (N. del T.)

¹⁰ Dante Gabriel Rossetti (1828 – 1882) fue un poeta, ilustrador, pintor y traductor inglés. (N. del T.)

¹¹ Paul Sollier (1861-1933) psiquiatra francés. (N. del T.)

«Ruokin pone al servicio de ideas completamente delirantes, el salvaje empeño de una fanática perturbación de espíritu... »

«El diálogo de Maeterlinck da un cuadro clínico de los más fieles de un incurable cristianismo...»

«Otro grafómano, autor de un libro penoso, *Rembrandt educador*, chochea más o menos del mismo modo... En un pequeño escrito que se ha convertido en una especie de evangelio para imbéciles e idiotas, el autor, Sr. Paul Desjardins...»

Es así. Un viento de locura ha soplado sobre las razas agotadas. Toda Europa se arruga y se fisura. La corteza se quiebra. No es más que un vasto manicomio.

Todo esto nos muestra como la crítica de Nordau sobre Guy de Maupassant es exagerada. Un autor que induce de la locura o de la degeneración de una sociedad, el estilo de corte de la barba o la disposición de los muebles en un apartamento, exagera de un modo singular.

Nosotros consideramos su estudio sobre Maupassant, tanto o más discutible, pues a pesar de las palabras *síntomas*, *diagnóstico*, *etiología*, tan impresionantes, los procedimientos científicos de Nordau no son muy rigurosos: «Habría un modo seguro, dice Nordau, de probar que los autores de todos los movimientos «fin de siglo» en arte y en literatura son unos degenerados, que consistiría en examinar exhaustivamente su físico y su árbol genealógico. Sin duda se encontrarían en casi todos unos parientes cercanos degenerados y uno o varios estigmatizados que disiparían cualquier tipo de duda sobre el diagnóstico de degeneración...»

Nordau procede aquí por condicional e hipótesis. Está equivocado.

He aquí pues expuesta una primera opinión sobre Maupassant.

Antes de ser *confinado siempre fue un erotómano*.

Acabamos de ver lo que esta opinión tiene de exagerada. Empleando los procedimientos de Nordau se encontrará erotismo en todos los autores.

Sin embargo toda exageración posee una parte de verdad.

Desde su juventud, Maupassant parece claramente preocupado por el amor sexual, y si ese no es de por sí un signo de locura, es en cualquier caso una razón de exceso que recuerda a la locura.

CAPÍTULO II

Maupassant estuvo mentalmente sano hasta la época en la que se publicó “El Horla”

Esta es la opinión más común sobre Guy de Maupassant. Su fuerza física y su alegría le proporcionaban una apariencia completamente saludable. Lemaitre, en los «Contemporáneos», lo llama un «robusto burgués campesino».

Emile Zola, en la inauguración del monumento erigido en el Parque Monceau, declaró: «Maupassant es la salud, la mismísima fuerza de la raza. ¡Ah! ¡qué delicia glorificar por fin a uno de los nuestros, a un latino con la cabeza bien puesta, *límpida y sólida*, un constructor de hermosas frases, deslumbrantes como el oro, puras como el diamante!»

Siempre se evoca al remero, orgulloso de sus proezas de todo tipo, que «testimonian de un modo soberbio su vigor físico».

Se ha hablado de «su vida al aire libre, de sus hazañas en el Sena, sus retozos amorosos en el campo y sus bromas en la oficina», y casi todos los críticos han insistido en el insólito contraste entre este temperamento tan bien equilibrado, donde nada mórbido se deja traslucir, y las primeras enfermedades que, repentinamente, hicieron prever una inexplicable desorganización.

Todo lector de Maupassant, seducido por el aire libre, el sol y la vida que desbordan sus cuentos, instintivamente envidia la salud del escritor.

Cuántas veces, tras una jornada de estudios, después de largas discusiones, no hemos envidiado la salud física y supuestamente moral de este hombre que nos llevaba tan alegremente del río al mar, de la montaña al bosque.

Con él nos hemos agazapado detrás de los arbustos, acechando a los pájaros salvajes, con él, hemos escalado los acantilados normandos y las cumbres boscosas; con él, hemos surcado la Marne y disfrutado en las verbenas.

Desde luego ¿qué menos enfermiza que esta vida activa y deportiva?

Los antecedentes personales de Maupassant, al menos en su juventud, no parecen tener nada de mórbido.

Si quisiéramos establecer o esbozar un diagnóstico según el interrogatorio de un pariente, como lo solemos hacer al principio cuando queremos conocer la vida pasada de un loco, he aquí lo que sabríamos de parientes a los que muchos síntomas mórbidos pueden escapárseles:

Sabríamos que Maupassant llevó (según la Sra. de Maupassant) una existencia sana, sin contratiempos, a veces aventurera, que ejerció una influencia muy duradera sobre su temperamento artístico.

El cerebro del niño jamás se vio turbado. Va al mar para «recoger al claro de luna las redes arrojadas la víspera» (*Una vida*, p. 27); navega por los estanques «a través de auténticos caminos surcados en un bosque de rosales secos», pasa toda una jornada remando, sentado entre sus dos perros, tan solo preocupado por proyectos de caza o pesca.

Esta vida al aire libre, vida de «pollo escapado» (Sra. de Maupassant) le proporciona un vigor físico notable.

«Sus fotografías, sus retratos, los recuerdos de aquellos que le conocieron entre los 10 y los 20 años nos lo muestran con su sólida complexión, su poderoso cuello de joven toro, con toda la indómita energía de un «goloso de la vida» como se decía de sí mismo a esa edad.» (Maynial).

Entonces pocas taras pueden encontrarse en la juventud de Guy de Maupassant. Para hallarlas es necesario ir más lejos que él, remontarnos a sus antepasados paternos. En cuanto al niño, no solamente no parece más que otro preocupado por asuntos de índole sexual, no solamente no tiene el temperamento embrutecido del futuro «suboficial» de Nordau, sino que todavía es un excelente compañero. Trata a los amigos que adopta con una familiaridad encantadora y llena de tacto. Nada más significativo a este respecto que esta anécdota contada por la madre de Maupassant y que relaciona Maynial.

Un día, Maupassant había proyectado una excursión con el hijo de un pescador, Charles, y otro muchacho de una familia burguesa. La madre del jovencito acogió a Guy de Maupassant con amabilidad, pero trató al otro compañero con desdén.

–Charles, dijo ella, llevará la cesta de las provisiones, naturalmente.

Charles se sonrojó de vergüenza; se le trataba como a un criado. Pero Guy sintió la afrenta inútil e injusta; intervino:

–Desde luego, señora, llevaremos la cesta cada uno por turno; ¡y seré yo quién comience!

Sus estudios en el seminario de Yvetot al principio, en el Instituto de Ruán a continuación, se desarrollan como otro alumno cualquiera. compone versos. ¿Quién no ha escrito versos en esa época? Expulsado del Seminario cuya «estrechez de miras, los ritos de la religión, la forma de las ceremonias lo irritan» (Hugues-le-Roux), trabaja con método en el Instituto, y como el más burgués del mundo obtiene su bachillerato.

Sin embargo continúa componiendo versos. La mayoría de sus escritos son para las mujeres. Nordau podría ver en ello un indicio de erotismo. Pero ¿cuál es el colegial que versifica que no dedica sus rimas a una mujer?

Siempre está alegre, es malicioso y le gustan las bromas y la caricatura.

En 1870, a los 20 años, se enrola y va a la guerra, mostrándose un excelente soldado y extrayendo de ese conflicto bélico una serie de cuentos en los que no se sabría encontrar la menor excitación sexual.

En 1871, empleado en un ministerio, convertido en un burócrata modelo, está lejos de agotarse. Comienza una activa vida de remos y caminatas. Merodea por el Sena y la Marne en su barca «Feuille à l'Envers».

En ese momento su talento literario se precisa.

Crea relaciones literarias: Emile Zola, Tourgueneff, Catulle Mendès.

Comparte muy equitativamente su tiempo entre las sesiones de remos, que para él son esenciales, y los esbozos poéticos que escribe en las horas de oficina, sobre el papel oficial de la administración y que da a corregir el domingo a su maestro Flaubert.

«Yo era un empleado sin un centavo... Tenía en el corazón mil deseos modestos e irrealizables que me doraban la existencia de todas las expectativas imaginarias... ¡Que simple y bueno era, y también difícil vivir así entre la oficina de París y el río en Argenteuil! ¡Mi gran, mi única, mi absorbente pasión, durante diez años, fue el Sena! ¡Ah! ¡hermoso, tranquilo y fétido río, lleno de espejismos e inmundicias! Lo he amado tanto, creo, porque me ha dado el sentido de la vida. (En el relato «En familia», aparecido en 1881, en la *Nouvelle Revue*).

Es la época de la publicación de todos los cuentos rebosantes de vida: «A orillas del agua», «Yvette», «La mujer de Paul», «Recuerdo».

Henri Roujon nos muestra a un Maupassant «cubierto con un resto de sombrero de pescador de caña, con el torso ceñido por un jersey rayado, enseñando sus gruesos brazos de remero hasta el hombro».

Una carta del Dr. Landolt publicada por Lombroso¹², dice: «nadie sabía, como Maupassant, organizar una cena, componer el grupo, dirigir la cocina, decorar la mesa y llevar la conversación más interesante y la más espiritual.»

Poseían un barco entre cinco.

«No nos preocupaba nada más que divertirnos y remar. Recuerdo singulares aventuras y tan inverosímiles bromas que hoy nadie podría creerlas. Teníamos un solo barco para cinco, comprado con esfuerzo, y sobre el que nos hemos reído como jamás volveremos a reírnos.»

Maynial ha buscado el nombre de los compañeros de Maupassant. *La Toque*, espiritual y perezoso, «el único que no tocaba jamás un remo, so pretexto de que haría hundir el barco ». Se trata de Robert Pinchon, más tarde bibliotecario municipal de Ruán.

N'a qu'un oeil, delgado, elegante, muy acicalado, enarbolando el monóculo al que debía su alias, se convirtió en inspector en la Compañía de Ferrocarriles del Este.

El «muy pillito» *Petit Bleu* no es otro que Léon Fontaine; “*Joseph Prunier*” seudónimo bajo el que publicó su primer relato, en 1875, era el propio Maupassant.

Comprendemos perfectamente que ante esta existencia se retrata un Guy de Maupassant con una perfecta salud física y psíquica.

Hemos insistido en detalles en apariencia inútiles, pero no hay detalle por ínfimo que sea del que no se pueda servir la psiquiatría.

Socialmente, para sus compañeros y para sus lectores, Maupassant es un hombre guapo y de un hermoso espíritu.

Justifica perfectamente la frase ya citada de Lemaitre «robusto burgués campesino»; se explica que Zola lo considere «una cabeza límpida y sólida».

Pero si Maupassant ya se enorgullecía de las hazañas atléticas que atestiguaban su fortaleza, por el contrario se preocupaba de la más leve enfermedad, y se alarmaba ya con enfermedades imaginarias, con una ansiedad nerviosa que le perseguiría toda su vida. Se quejaba de su salud a Flaubert que acabó por preocuparse a su vez e instó a su amigo a dejarse examinar por su médico Fortín, simple médico de familia que él consideraba «muy bueno».

Ya entonces, mucho tiempo antes de *El Horla*, Maupassant presenta ligeros trastornos sin que la enfermedad haya evolucionado como la tisis en una tuberculosis avanzada. Estos trastornos van a agravarse... su evolución mórbida cerebral va a evolucionar como evoluciona una parálisis general. Esto es lo que vamos a demostrar. Maupassant se ve afectado a partir de ese momento de delirio crónico generalizado progresivo. Según su estudio, vamos a demostrar que clínicamente la enfermedad cerebral de Maupassant evoluciona como una enfermedad de médula de tabes¹³, y veremos que es necesario, según la hipótesis de nuestro maestro Rémond y de su alumno Voivenel, pensar en una leucoencefalitis en el caso de Maupassant.

De lo que antecede podemos concluir lo siguiente:

1º Maupassant no está loco antes de los 28 años y la opinión de Nordau es falsa.

2º Aunque tiene una salud física excelente y una salud psíquica socialmente perfecta, Maupassant presenta señales de nerviosismo.

¹² Albert Lombroso, el primer biógrafo de Guy de Maupassant. (N. del T.)

¹³ El tabes o tabes dorsal es la denominación alternativa de la enfermedad llamada Mielopatía sifilítica que es una complicación de una sífilis no tratada que se caracteriza por debilidad muscular y sensibilidad anormal. (N. del T.)

En el tercer capítulo vamos a tratar de investigar todas esas señales y, del estudio de la observación detallada de Maupassant, antecedentes hereditarios, colaterales, personales, etc., emitir nuestro diagnóstico.

CAPÍTULO III

Maupassant estaba predispuesto a la insuficiencia celular, insuficiencia que los excesos desencadenaron y que finalizó en una leucoencefalitis, substrato anatómico del delirio sistematizado progresivo.

Exponemos aquí las ideas que nuestro maestro, el profesor Rémond y su alumno Voivenel, exponen en un artículo todavía no publicado sobre la «locura de Maupassant». No sabríamos agradecer suficientemente el que se nos hubiese querido comunicar este artículo antes de su publicación.

En definitiva, vamos a proceder a la observación de Maupassant. Lo haremos en todos los detalles que merece el estudio de uno de los espíritus que honran a lo grande las letras francesas.

Estudiaremos sucesivamente:

1° Los antecedentes hereditarios.

2° Los antecedentes personales.

3° La enfermedad propiamente dicha.

De este modo estaremos autorizados a emitir el diagnóstico y a discutir a continuación la naturaleza de la enfermedad.

Antecedentes hereditarios. – Maupassant nació el 5 de agosto de 1850, en el castillo de Miromesnil «uno de los castillos golpeados por las brisas del mar abierto, cuyo viento de equinoccio transporta a lo lejos las tejas en confusión con las hojas de las hayas»

Antecedentes paternos. – Por su padre, Guy de Maupassant era de muy noble familia. Varios de sus antepasados eran ilustres: una antepasada que fue la amante de Lauzun, seguía a su hombre en el más fuerte de los combates y respondía cuando se le rogaba que se alejase: «Os creéis que nosotras, las mujeres, no sabemos arriesgar nuestra vida más que en los partos». (Memorias de Lauzun).

El abuelo dirigía una explotación agrícola.

El padre fue agente de bolsa. «Tenía de su abuela, una criolla de la isla Bourbon, esos bellos ojos brillantes y voluptuosos que transmitió a su hijo Guy».

Era de inteligencia mediocre, débil de carácter y mujeriego. Una separación amistosa se produjo entre ambos esposos. Tal vez Maupassant heredase de su padre unas predisposiciones sensuales.

Herencia materna. – La herencia literaria de Maupassant vendría sobre todo de su madre. la Señorita Laure Poitevin era de un espíritu muy cultivado. Muy aficionada a la poesía, fue en su infancia compañera de juegos de Flaubert. Con este último (no pariente de Maupassant) y su hermano Alfred le Poitevin, poeta de talento, muerto muy joven, ella se familiarizó con los clásicos y leía a Shakespeare en inglés.

Maupassant tuvo un hermano, Hervé, poco conocido. Su madre lo educó sola hasta los 13 años y siempre existió entre ambos una perfecta comunión de ideas. Ella siempre trató de despertar la vocación literaria en su hijo.

Antecedentes personales.— En el segundo capítulo ya hemos descrito suficientemente la juventud de Maupassant. Se muestra muy inteligente y dotado de una gran memoria. Su autor favorito, desde el principio, fue Shakespeare.

Enviado al seminario, se evadió varias veces. «Todo le pesaba, todo le era hostil en esa casa». ¿Hay que ver en esto un estado mórbido? Desde luego que no.

Hemos hablado de su vida en el instituto, los versos que dirigía a las mujeres y nada hemos concluido de ello.

Hemos destacado también el estado de salud aparente en el que se encontraba desde 1870, cuando estaba en el ministerio.

Sin embargo desde ese momento aparecen los primeros trastornos nerviosos, leves al principio, luego claramente perceptibles hacia 1875-78, cuando el escritor tiene de 25 a 28 años. Parece complacerse más en los chistes verdes exagerados. Sus bromas de remeros se hacen cada vez más intensas. Escribe una obrilla teatral titulada: *Casa turca en la hoja de rosa*, representada en los talleres de los pintores Maurice Leloir y Becker; pieza más que obscena a la que asistían mujeres con máscara.

En ciertos momentos el «robusto burgués campesino» se convertía en un «toro triste», sintiéndose invadido por un indeterminado sufrimiento.

«Me pregunto si no estoy enfermo, pues me disgusta lo que desde hace tanto tiempo realizaba con algún placer o con una indiferente resignación... Ya no tengo nada en el espíritu, nada en la mirada, nada en la mano. Este esfuerzo inútil hacia el trabajo resulta exasperante. ¿Qué me ocurre? Fatiga de la vista o del cerebro, agotamiento de la facultad artística o curvatura del nervio óptico.» (en *Fuerte como la muerte*.)

Hacia 1878, Maupassant presenta una desigualdad pupilar muy clara. Landolt, consultado al respecto en 1883, escribe a Lombroso:

«El daño, en apariencia insignificante (dilatación de la pupila) me hizo prever sin embargo, a causa de los trastornos funcionales que lo acompañaban, el fin lamentable que esperaba al joven escritor.»

Edmond de Goncourt, que siempre estuvo animando por un odio poco disimulado hacia Maupassant, recuerda gustoso en su Diario una conversación que mantuvo con el doctor Landolt y donde éste último le dijo de Maupassant «que tenía los ojos semejantes a dos caballos a los que no podría llevar y conducir juntos, y que el daño se encontraba detrás de los ojos.»

Por otra parte, Maupassant lleva una vida muy desordenada. Se abandona a todo tipo de excesos. Mantiene una actitud de «fauno, un poco triste, retornado a la vida primitiva.»

«Obedecía sin control a las exigencias imperiosas de sus sentidos; con una prisa febril, quería agotar a la vez todos los goces posibles, como si preveyese en inminente final; le gustaba de un modo voluptuoso en superar los límites ordinarios de las fuerzas humanas; toda manifestación desenfrenada de la facultad de actuar y de sentir, toda sacudida nerviosa, todas las embriagueces de la imaginación y todas las emociones refinadas le encantaban profundamente, y buscaba mediante excitantes artificiales, la exaltación de la que habría tenido que huir. En el ámbito de las mujeres, jamás negó a su robusto temperamento las satisfacciones que éste reclamaba. Su propia obra atestigua una sensualidad brutal; hay en sus libros una inquietud perpetua, absorbente por la mujer, una especie de obsesión, no del amor, sino de lo que hay de más primitivo y más general en el instinto sexual; considera todos los gestos del amor como fenómenos tan naturales que se les debe describir sin problemas ni turbación; el deseo, que se renueva sin cesar no tiene interés más que mediante su regular satisfacción; todo sentimiento que desvíe o altere el deseo es vano; toda complicación psicológica es falsa. Y eso es lo que

se ha llamado, mediante un singular sofisma, la salud y la sabiduría de Maupassant. » (Edouard Maynial).

Maupassant acometió un trabajo enorme. Durante el día las hazañas físicas, por la noche la redacción de crónicas y cuentos. Para excitarse recurrió a la cocaína, la morfina, al haschis (Lombroso). Es adicto al éter. Encuentra en ello nuevas sensaciones «solamente posibles para hombres inteligentes, muy inteligentes, peligrosas como todo lo que sobrecita nuestros órganos, pero exquisitas.» (*El tío Milon*).

Busca con una intensidad malsana sensaciones olorosas. En *Fuerte como la Muerte* escribe:

«En el fondo de los viejos frascos del baño, había encontrado a menudo también parcelas de su existencia, y todos los olores errantes, el de las calles, de los campos, de las casas, de los muebles, los dulces y los desagradables, los cálidos olores de las noches de verano, los olores fríos de las noches de invierno, reanimando siempre en él lejanas reminiscencias, como si las fragancias guardasen en ellas las cosas muertas embalsamadas.»

Uno se pregunta si no hay que ver en el gusto por estas raras sensaciones un indicio de agotamiento cerebral.

Poco a poco se siente planear en la obra una incurable tristeza. Maupassant busca la soledad.

«Me gusta tanto estar solo que ni siquiera puedo soportar la proximidad de otros seres durmiendo bajo mi techo; no puedo vivir en París porque allí agonizo indefinidamente. Muero moralmente y siento tanto suplicio en mi cuerpo y en mis nervios por culpa de esa inmensa multitud en movimiento, que vivo en torno a mí mismo, incluso cuando ésta duerme.»

En la soledad siente «una exaltación del pensamiento rayando en la locura.»

Pero poco a poco, incluso en la soledad, sufre... Se desanima, duda de todo, del objeto de la existencia y del trabajo... Es consciente de:

«el esfuerzo impotente, incesante desde los primeros días del mundo, el esfuerzo infatigable de los hombres para romper la funda en la que se debate su alma siempre prisionera, completamente solitaria, esfuerzo de brazos, de labios, de ojos, de bocas, de la carne estremecida y desnuda, esfuerzo del amor que se agota en besos.» (*Mont-Oriol*)

La enfermedad aumenta insensiblemente, aunque implacable. Van a aparecer las alucinaciones.

Al principio la alucinación auditiva es vaga. Escucha una voz que pasa sobre él: «Como un sembrador de espanto y delirio, despertando la horrorosa miseria que siempre permanece adormecida en el corazón de los vivos » (“*Sobre el Agua*”).

Poco a poco comienza a acosarlo la idea de la muerte. Tiene miedo. Miedo a la noche. Miedo de todo. (“El Miedo”, “Sobre el Agua”, “¿Él?”, “La Mano”, “Magnetismo”, “La Noche”, “El tic”, “El Horla”, “Quién sabe”)

«Es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo horroroso del pensamiento y del corazón del que tan solo el recuerdo produce escalofríos de angustia. Eso se produce en algunas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas, enfrentado a riesgos inciertos. El verdadero miedo es algo como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño.» (“*El Miedo*”).

«Casi todos los fenómenos de esta naturaleza son creaciones imaginarias de un cerebro enfermo y el indicio de una pronunciada neurosis. Cuando Maupassant cuenta sus pesadillas fantásticas y sus mórbidas visiones, lo hace con un tono de vacilación dolorosa que en él es una prueba de su sinceridad; se podría decir que, por temor al ridículo, se echa atrás ante la confesión que ha emprendido; en el momento en el que va a dar a sus alucinaciones una forma relativamente coherente para hacerlas

comprensibles y aceptables, su razón que se ha recuperado, le demuestra la inutilidad de ello; se tranquiliza a sí mismo reconociendo lo absurdo de los hechos que relaciona, y que no ya no tienen el mismo aspecto una vez despojados de todas las condiciones de sensibilidad que les han hecho verosímiles por un instante; la claridad de las palabras y la lógica de las frases disipan los vapores del sueño. También todos los relatos de este tipo que están escritas, como se ha dicho «con la sangre de su alma» (Lemaitre) se presentan en general bajo la apariencia de un problema, con signos de una interrogación que le plantea al lector: ¿Él? ¿Quién sabe? ¿Loco? El autor parece decirle al público: «leedme, burlaos de mi debilidad, mi espanto, mi locura, tanto como gustéis; pero sobre todo ayudadme a responderme a mí mismo, a gritar con toda la fuerza de la verdad y de la lógica, que mis relatos no son más que quimeras, imaginaciones, sueños de enfermo.» (Maynial).

La locura aumenta. Aparecen las alucinaciones visuales. Maupassant pierde por momentos la conciencia de su personalidad. Sufre de autoscopia externa.

En ¿Él?, una noche, entrando en su habitación, se ve a sí mismo sentado en un sillón.

Sollier relaciona una alucinación de Maupassant:

«Estando ante la mesa de su despacho, le pareció que la puerta se abría. Su sirviente tenía órdenes de no entrar nunca mientras él trabajaba. Maupassant se volvió y cuál sería su sorpresa cuando vio a su propia persona acercándose y sentándose frente a él, con la cabeza en la mano y dictándole todo lo que él estaba escribiendo. Cuando hubo acabado se levantó y la alucinación desapareció.»

«La enfermedad sigue creciendo. Aumenta como una inflexible marea que va sumergiendo poco a poco la personalidad de Maupassant.» (Rémond y Voivenel). Ya no es dueño de sí. Helo ya completamente abúlico. No pudo ordenar a su cochero ir a ninguna parte. Tiene alucinaciones en pleno día y fobias continuas.

«Su inteligencia, lúcida por momentos, asiste a este descalabro de un espíritu que se deshilacha.» (Rémond y Voivenel).

Padece horriblemente. Trata de explicarse su sufrimiento, se cree poseído. Un demonio «el Horla» es su dueño. Cree, del mismo modo que a menudo lo hacen los delirantes crónicos progresivos, en un neologismo que representa un enemigo y que sintetiza todo un grupo de fenómenos.

Se dedica a observarse a sí mismo.

¡Ah! ¡la bella y angustiosa observación!

¡Pobre gran hombre!

Día y noche su inteligencia ya no le responde. Él ya no es más que un pecio psíquico.

He aquí unos extractos característicos de su inquietante relato «el Horla».

EL HORLA

11 de mayo.— Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste. ¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que transforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o

el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón. ¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible! No podemos explorarlo con nuestros mediocres sentidos, con nuestros ojos que no pueden percibir lo muy grande ni lo muy pequeño, lo muy próximo ni lo muy lejano, los habitantes de una estrella ni los de una gota de agua... con nuestros oídos que nos engañan, transformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como si fueran hadas que convierten milagrosamente en sonido ese movimiento, y que mediante esa metamorfosis hacen surgir la música que transforma en canto la muda agitación de la naturaleza... con nuestro olfato, más débil que el del perro... con nuestro sentido del gusto, que apenas puede distinguir la edad de un vino. ¡Cuántas cosas descubriríamos a nuestro alrededor si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros!

16 de mayo.— Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiosa sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo.— Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.

25 de mayo.— ¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?...Hasta ahora nunca sentía temor por nada... abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?...¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero su llegada con espanto; mi corazón late intensamente y mis piernas se estremecen; todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada. Ya no siento llegar como antes a ese sueño pérfido, oculto cerca de mí, que me acecha, se apodera de mi cabeza, me cierra los ojos y me aniquila. Duermo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo. . . lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme. Trato de defenderme, impedido por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me asfixia, ¡pero no puedo! Y de pronto, me despierto

enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo. Después de esa crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilamente hasta el amanecer.

Finalmente, el último relato que Maupassant publica en las librerías, «*¿Quién sabe?*» muestra la inteligencia que se va apagando a su vez.

Ya no sabe escapar: «Va a ser necesario que me mate...»

Trata de suicidarse con un abrecartas, pero no se hace más que un corte superficial.

Pide voluntariamente ingresar en una residencia hospitalaria: «No puede continuar viviendo como todo el mundo con el temor a que recomiencen las situaciones semejantes a las que ha acabado de sufrir». (“Quién sabe”).

Durante todo este periodo Maupassant se había convertido también en un *picapleitos*. Puede escribirse todo un capítulo sobre los «procesos judiciales de Maupassant» comenzados desde 1891.

En esta época fue advertido por un librero inglés que los ejemplares de *La Casa Tellier* estaban agotados en la editorial Havard, desde hacía tres meses; él hizo constatar el hecho mediante un notario y su abogado formuló un requerimiento al editor para tener en almacén una edición de quinientos ejemplares en veinticuatro horas. Maupassant ganó el pleito y se alegró como si se tratase de un éxito personal.

También intentó entablar un proceso contra *el Figaro* en 1888, por haber recortado uno de sus artículos y haberlo publicado con retraso. Solicitó por mediación de su abogado, G. Lachaud, cinco mil francos de indemnización e intereses. Pretendía que «la entrega de un manuscrito entraña implícitamente la obligación para el que lo recibe de publicarlo íntegro».

En 1890 denunció a la editorial Charpentier por haber publicado su retrato sin su autorización.

El delirio de persecución se muestra muy claramente.

En 1891 un nuevo proceso al periódico de Nueva York, *l'Etoile*, por haber publicado una novela basada en su relato titulado «El Testamento».

La desintegración del espíritu del escritor se ve en las cartas escritas en relación a estos procesos:

«La carta al *Figaro* está llena de tachaduras, de enmiendas y correcciones.

La de Charpentier es de un estilo penoso y complicado.

Finalmente las relacionadas con el proceso en América son casi ininteligibles; contienen faltas de ortografía, frases inacabadas, proposiciones contradictorias, palabras visiblemente puestas las unas por las otras.» (Maynial).

Finalmente, al declinar de su vida, Maupassant tuvo *delirios de grandeza*. En el *Diario de los Goncourt*, tomo VIII, el 9 de diciembre de 1831, podemos leer:

«Maupassant hablaba de una visita realizada al almirante Duperré que se encontraba en la escuadra fondeada en el Mediterráneo, y de un número de cañonazos disparados en su honor y para su placer, cañonazos que costaban cientos de miles de francos... Lo extraordinario de este relato es que Duperré, en aquella época, decía que no había visto a Maupassant.»

En la residencia, Maupassant estuvo tranquilo, divagando levemente (Lombroso). La Sra. Lecomte de Nouy le había enviado unas uvas y él no las quiso diciendo «mientras reía con risa bestial»:

«Son de cobre».

«Su delirio reflejaba particularmente la manía persecutoria y la de grandeza. Otro tipo de persecución lo acosaba: la de los fenómenos de la vegetación. Se paseaba a menudo por el jardín o el parque de la residencia. Un día se detuvo ante un parterre, plantó allí una rama y dijo a su enfermero: «Plantemos esto aquí y el año que viene encontraremos pequeños Maupassant.» (Lombroso).

Más tarde, el último amigo que lo vio, Pol Arnault, el 13 de enero de 1893, lo vio con una camisa de fuerza.

Maupassant no lo reconoció.

Murió el 6 de julio de 1893.

¿Cuál fue la naturaleza de la locura de Maupassant? Pensamos al igual que nuestro maestro el Dr. Rémond y su alumno Voivenel, que se trató de un *delirio crónico progresivo*.

Maupassant era un predispuesto; su herencia genética no estaba «cargada» como se ha dicho, pero sin embargo era sensible.

Llevó una vida sexual exagerada, cometió excesos físicos por demás, y su existencia intelectual, lejos de ser coherente y regular, fue una serie de crisis de sobreesfuerzo y de pereza.

Excesos sexuales, excesos digestivos, abusos de venenos como la morfina, el éter, el haschis, no tardaron en hacer perder a Maupassant una virginidad cerebral relativamente inestable.

Todo lo que existe en Maupassant, antes de los 26 o 27 años, es una *predisposición*.

Después él acelera la enfermedad por sus excesos. Maupassant presenta de una manera indiscutible los cuatro periodos del delirio crónico que admiten Magnan y Sérieux:

1° *Periodo de incubación*: desapercibido, pero en el que una observación minuciosa puede descubrir de la inquietud.

2° *Sistematización inicial*: Preocupaciones penosas. Delirio de persecución. El enfermo está poseído. Todo esto se manifiesta en Maupassant: sus angustias, su miedo, sus procesos, sus alucinaciones, el Horla.

3° *Sistematización cada vez más acentuada*: delirio de grandeza (recuérdese a Maupassant y su historia acerca del almirante Duperré).

4° *Periodo terminal*, o de demencia. La descripción que nuestro maestro, el profesor Rémond, da del delirio crónico se ajusta de maravilla a la locura de Maupassant.

La enfermedad no comienza hasta los treinta años mediante un malestar general: «El sujeto que se siente fatigado, que duerme mal, que trabaja con menos facilidad, parecería un melancólico si (esta es una característica importante) éste no buscara en su entorno las explicaciones a su malestar como el melancólico los encuentra en sí mismo» (Rémond). Poco a poco el estado se agrava: aparecen los delirios persecutorios y con ellos la alucinación auditiva, progresiva.

Las alucinaciones visuales son raras, pero Maupassant las presenta de un modo notable.

«El enfermo en este periodo, dice el profesor Rémond, enriquece su lenguaje de neologismos creados por él y cada uno de los cuales representa un grupo de enemigos, expresa una serie de sufrimientos y sintetiza sobre todo un grupo de fenómenos».

El más destacable de los neologismos de Maupassant es la creación de la palabra *¡el Horla!* ¡Ah! ¡el famoso neologismo que bien cristaliza lo que experimenta el enfermo! Maupassant se siente poseído por un demonio:

«¡Ah! ¡Ahora recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó frente a mis ventanas remontando el Sena, el 8 de mayo último! Me pareció tan hermoso, blanco y alegre. Allí estaba él que venía de lejos, ¡del lugar de donde es originaria su raza! ¡Y me vio! Vio también mi blanca vivienda, y saltó del navío a la costa. ¡Oh Dios mío!

Ahora ya lo sé y lo presiento: el reinado del hombre ha terminado... ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado el... el... ¿cómo se llama?...él ... parece que me gritara su nombre y no lo oyese... él... sí... grita... Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído... el Horla... es él... ¡el Horla... ha llegado! ...» (*El Horla*).

¿Cuál es la lesión cerebral en el delirio crónico progresivo?

¿Podemos saber en qué parte del cerebro padecía Maupassant y dónde nació el odioso Horla?

La enfermedad estaba en la sustancia blanca, dice nuestro maestro el Dr. Rémond.

Guy de Maupassant estaba afectado de leucoencefalitis.

Nuestro maestro demuestra que el análisis clínico obliga a admitir esta localización. La sustancia blanca está afectada, como la sustancia blanca de la médula lo está en el *tabes*¹⁴.

La enfermedad esta *sistematizada* como el *tabes*.

La enfermedad de Maupassant es tanto o más orgánica (como el *tabes*) que el estado mental anterior era bueno. La alucinación siempre ha sido progresiva, distinta de las alucinaciones de origen periférico y tal que se esta obligado a admitir que existe, no en el espíritu del enfermo, sino en su cerebro, que se agota hasta la demencia.

Nuestro maestro está más inclinado a emitir esta existencia anatómico del delirio crónico de la enfermedad de Maupassant, toda vez que dos observaciones obtenidas de autopsias han demostrado la realidad del hecho.

Lagriffe publicó en los *Archivos de Neurología* de 1901, el caso de un enfermo afectado de un absceso interesante, enfermo que presentaba alucinaciones progresivas del oído, que cesaron un mes antes de la terminación fatal. El absceso había respetado la corteza cerebral. Eran solamente las fibras las que habían sido lesionadas, interrumpidas.

El Dr. Lagriffe comunicó un caso análogo publicado en la tesis de Guiraud (Toulouse, marzo de 1907).

Podemos pues admitir, que en el cerebro de Maupassant, la sustancia blanca estaba lesionada.

«La enfermedad de Maupassant fue una enfermedad que, iniciándose por la fibra nerviosa no alcanzó más que con posterioridad a la célula.» (Rémond y Voivenel).

¹⁴ El *tabes* o *tabes dorsal* es la denominación alternativa de la enfermedad llamada Mielopatía sifilítica que es una complicación de una sífilis no tratada que se caracteriza por debilidad muscular y sensibilidad anormal. (N. del T.)